

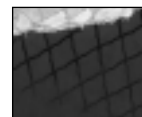
La recuperación de la economía rusa desde la perspectiva externa

RAFAEL FERNÁNDEZ SÁNCHEZ*

Por primera vez desde hace más de veinticinco años la economía rusa crece con fuerza. En la formación de este nuevo escenario, el sector exterior ha tenido un papel protagonista. La devaluación del rublo y la subida de los precios del petróleo han impulsado el dinamismo de las exportaciones, mientras que la industria nacional se ha visto favorecida por el encarecimiento de las importaciones. El superávit comercial ha aliviado el problema de la deuda y ha ampliado el margen de maniobra de la política económica, cuya orientación registró un notable giro tras la crisis financiera de 1998. Con la vista puesta en la sostenibilidad del crecimiento económico actual, el objetivo de este artículo es analizar las posibilidades de que ese superávit perdure, así como las ventajas e inconvenientes de que lo haga, teniendo en cuenta los problemas y debilidades que arrastra la economía rusa.

Palabras clave: política económica, crecimiento económico, comercio exterior, deuda externa, Rusia.

Clasificación JEL: O52.



COLABORACIONES

1. Introducción

El análisis de la recuperación económica desde una perspectiva externa tiene un doble interés. Por un lado, contribuye a explicarla, puesto que el fuerte aumento de los ingresos por exportación, unido al estancamiento de las importaciones, ha dado lugar a un enorme superávit comercial, que ha actuado como un bálsamo sobre la maltrecha economía rusa.

Por otro lado, la mirada al sector exterior alumbrá algunas de las sombras que se presentan en el futuro de esa recuperación. Entre las principales se han de señalar las siguientes: 1) el superávit comercial tiene su origen en factores coyunturales, por lo que es previsible que se reduzca cuando estos factores desaparezcan, 2) el crecimiento económico está muy vinculado al superá-

vit comercial, por lo que si éste disminuye significativamente aquél se vería seriamente afectado, 3) una política expresamente dirigida a perpetuar el superávit, restringiendo las importaciones, tendría efectos contraproducentes: tanto si la conservación del superávit se consigue prolongando el impacto de la devaluación, como si se logra enfriando la inversión mediante políticas severamente restrictivas, una lucha continuada contra el déficit comercial acabaría debilitando la dinámica de crecimiento.

Para profundizar en estos dilemas, se expone, en primer lugar, el comportamiento del comercio exterior tras el estallido de la crisis financiera de 1998. En segundo lugar, se plantean las claves que permiten explicar la aparición de un amplio superávit comercial, así como sus efectos sobre la oferta productiva. A continuación se estudia la relación de ese superávit con los buenos resultados que viene cosechando la política económica. Una vez analizada la parte positiva del excedente

* Profesor de Economía Mundial. Universidad Alfonso X el Sabio. Madrid.

comercial, se pasa a reflexionar sobre las consecuencias que tendría una disminución del superávit en el caso de que aumentasen las importaciones, para finalizar analizando los efectos que tendría su desaparición si se produjera un descenso brusco de los ingresos por exportación.

2. El comercio exterior, clave de la recuperación

Desde 1999 la economía rusa está creciendo a fuerte ritmo después de que tocara fondo tras el *crash* financiero de agosto de 1998. En 1999 y 2000, las tasas de crecimiento del PIB fueron del 5,4 por 100 y el 8,3 por 100, respectivamente, mientras que la expansión prevista para 2001 ronda el 5 por 100, según las distintas fuentes consultadas. A comienzos del verano esta previsión era algo más pesimista debido a la moderación del crecimiento —con tasas inferiores al 1 por 100— que se registró durante el último trimestre de 2000 y los primeros meses de 2001, pero recientemente estas expectativas han sido corregidas al alza después de que la dinámica expansiva recobrara su fuerza a lo largo del segundo trimestre (1).

En esta sorprendente recuperación, el sector exterior ha desempeñado un papel clave, de la misma manera que también fue protagonista en el desencadenamiento de la crisis de 1998. Ahora bien, mientras que en la etapa anterior casi todo el interés se centró en la intensidad —y en la volatilidad— de los flujos de la cuenta financiera; en la actualidad, es la balanza por cuenta corriente, y muy especialmente la balanza comercial, la que reclama nuestra atención.

Ello es así porque desde 1998 el superávit comercial ha experimentado una prodigiosa expansión, contribuyendo con ello de una manera decisiva al crecimiento del producto interior bruto. En 1999, las exportaciones netas aumentaron un 140 por 100, mientras que en 2000 su crecimiento fue del 66 por 100.

En 2001 se espera que el excedente comercial deje de crecer, aunque continuará siendo anor-

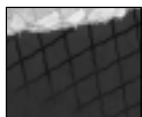
malmente elevado. Se estima que rondará los cincuenta mil millones de dólares, algo inferior a la cifra récord alcanzada en 2000. En ese año el superávit fue de 60.000 millones de dólares, una cantidad superior al total de los ingresos por importaciones y aproximadamente equivalente a la cuarta parte del PIB.

Esos saldos comerciales tan positivos se explican tanto por el crecimiento de las exportaciones como por el hundimiento de las importaciones. Después del fuerte retroceso sufrido en 1998, con una caída del 16 por 100, las ventas al exterior se recuperaron espectacularmente a lo largo de 2000, cuando los ingresos por este concepto rebasaron por primera vez los cien mil millones de dólares. Paralelamente, las importaciones, que ya eran modestas antes de la crisis financiera, sufrieron una importante caída. En 1997, los pagos por compras al exterior sumaron 66.000 millones de dólares, mientras que en 2000 aún no superaban los 45.000 millones, que es una cantidad similar a la que se manejaba al comienzo de la década.

En 2001 las exportaciones han ralentizado su ritmo de crecimiento —en los primeros ocho meses de este año los ingresos se han estabilizado en unos niveles ligeramente inferiores a los alcanzados en la segunda mitad de 2000—, mientras que las importaciones se mantienen en cotas muy próximas a las del año pasado, de ahí que el superávit comercial haya dejado de aumentar, lo que posiblemente apunte hacia un cambio de tendencia cuyas consecuencias serán analizadas más adelante.

3. Causas del superávit y efectos multiplicativos

Antes veamos las causas de ese cuantioso excedente comercial y sus efectos multiplicativos sobre el comportamiento de la oferta productiva. Por lo que se refiere a las causas resulta meridianamente claro que el dinamismo de las exportaciones y el hundimiento de las importaciones se debe principalmente a factores de tipo coyuntural. Entre éstos destacan la devaluación del rublo que siguió a la crisis de 1998 y el favorable comportamiento del precio internacional de la energía y de otras materias primas.



COLABORACIONES

(1) Para la obtención de datos actualizados sobre la economía rusa, consúltese EIU (2001); PLANECON REPORT (2001); www.recep.org

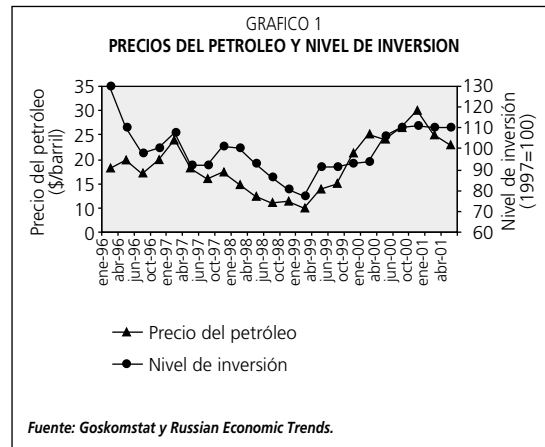
Hace tres años, la moneda rusa perdió más del 40 por 100 de su valor real en el plazo de unos pocos meses, después de que su cotización pasará de los seis a los veinte rublos por dólar. En la actualidad, la moneda se cambia a 29 rublos/dólar, habiendo experimentado una apreciación real de aproximadamente veinte puntos desde la devaluación de finales de 1998, por lo que aún sigue estando veinte puntos por debajo del nivel previo a la crisis de agosto.

Simultáneamente, el precio del barril de petróleo, que en 1997 había llegado a situarse en los diez dólares, subió a lo largo de 1999 hasta superar a principios de 2000 los 30 dólares por barril, para después estabilizarse en torno a los 25 dólares durante el resto del año. En lo que llevamos de 2001, se han rebajado las cotas alcanzadas el año anterior, pero el precio continuaba situado hasta noviembre por encima de los veinte dólares. Por otro lado, hay que tener en cuenta que este ascenso también ha afectado al precio de otros productos ligados a la cotización del crudo, como el gas natural o los derivados del petróleo, que también son muy importantes en la economía rusa.

Gracias a estos hechos, la demanda externa se ha convertido en un resorte para el crecimiento económico. Por un lado, la devaluación ha estimulado la actividad productiva, no sólo por medio de los sectores de exportación tradicionales, es decir, los más vinculados a las actividades extractivas y energéticas, sino también a través del impulso de la producción de sectores como la siderurgia, la maquinaria y la química, que con anterioridad a la crisis cambiaria estaban prácticamente excluidos de los principales mercados de la economía mundial.

Además, estos sectores también se han visto favorecidos por los efectos que ha tenido sobre el mercado interno el encarecimiento de las importaciones. Desde la devaluación, buena parte de las compras de este tipo de productos que se venían realizando en el exterior se ha sustituido por demanda interna.

Así a lo largo de los dos últimos años, estas actividades han acumulado aumentos de su producción superiores al 20 por 100. Además, hay que tener en cuenta que estos sectores constituían el eje de la estructura industrial soviética, por lo que los beneficios que sobre ellos ha tenido la



recién ganada competitividad exterior y la protección del mercado interior se han hecho notar sobre el conjunto de la economía.

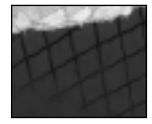
La sustitución de importaciones y los subsiguientes efectos de arrastre, unidos a la mejora de las expectativas, se han traducido en un aumento muy significativo de la demanda de inversión, que no crecía desde mediados de los ochenta. La formación bruta de capital fijo se incrementó a una tasa del 4,7 por 100 en 1999 y del 15,5 por 100 en 2000.

Por la misma razón, el encarecimiento de las importaciones también ha favorecido a las industrias de bienes de consumo que están eminentemente orientadas hacia el espacio interno. Después de la devaluación, sectores como el textil y el agroalimentario han recuperado parte de ese mercado, que antes de la devaluación estaba en buena medida ocupado por los productos extranjeros, que por lo general eran no sólo mejores, sino también más baratos. Así, la producción de bienes de consumo ha podido crecer por primera vez en muchos años a pesar de que en 1998 tuvo lugar una fuerte caída en los ingresos reales de las familias, que aún están bastante por debajo del nivel alcanzado en 1997 (2).

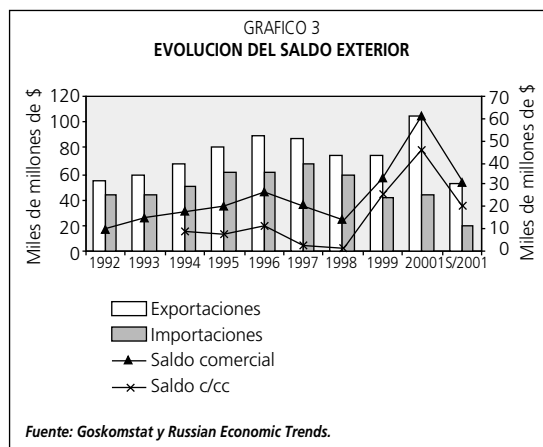
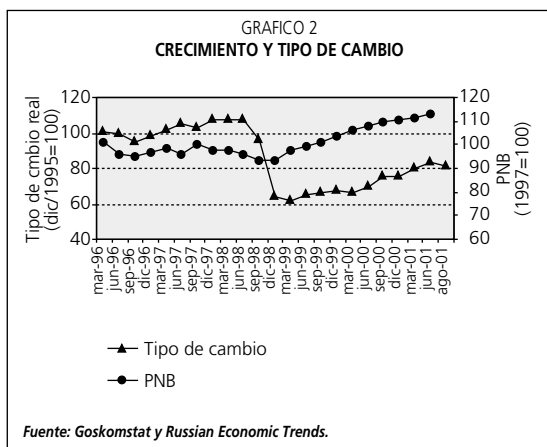
4. Superávit por cuenta corriente, deuda y política económica

Lógicamente, con un saldo comercial tan positivo, la balanza por cuenta corriente también ha

(2) Si la renta real personal *per capita* en 1995 era de 100, en 1997 había alcanzado un nivel de 107, pero a final de 2000 todavía era de 86.



COLABORACIONES



arrojado elevados superávits: del 14 por 100 del PIB en 1999 y de hasta el 19 por 100 del PIB en 2000.

Ese excedente ha reforzado el giro que experimentó la política económica tras el estallido de la crisis financiera de 1998. El Gobierno ruso culpó de este derrumbe a la estrategia de estabilización recomendada por el Fondo Monetario Internacional, basada en la apertura del mercado de capitales y en la supeditación de la política monetaria a la defensa a ultranza de la tasa de cambio. Desde entonces, las medidas aplicadas se han distanciado de la línea marcada por este organismo. La apuesta por una política de flotación controlada del tipo de cambio, que ha buscado mantener estable el valor del rublo en términos nominales, dejando que se aprecie paulatinamente al ritmo de la inflación, ha dado lugar a una reactivación de la producción y a una inyección de liquidez que —junto con la reforma fiscal aprobada el año pasado— han permitido al Estado incrementar sustancialmente sus ingresos. Así ha saldado sus deudas con pensionistas y funcionarios, cerrando los dos últimos ejercicios con superávit fiscal.

Este excedente presupuestario ha acabado con uno de los mayores quebraderos de cabeza de la etapa anterior, en la que fue necesario elevar continuamente los tipos de interés para atraer financiación (3). Esa política de tipos elevados contribuyó al control de la inflación y favoreció la defensa del tipo de cambio, pero lo hizo a costa de acumular deuda y de deprimir tanto la inversión como la demanda de importaciones, lo que unido a la ineficiencia del sistema financiero, pro-

vocó el estrangulamiento de la mayoría de las empresas, que si no llegaron a desaparecer fue gracias a la pasividad y —en algunos casos a la complicidad— de las autoridades (4).

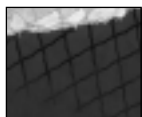
En la actualidad, la reducción de los tipos de interés y el incremento de la liquidez no sólo han animado el aumento de la producción, sino que además han contribuido muy significativamente al reordenamiento del mercado. En este sentido, hay que tener en cuenta que inmediatamente antes de la crisis, el número de intercambios sin moneda que tenía lugar entre las empresas industriales suponía más de la mitad del total, llegando a las tres cuartas partes en sectores tan importantes como la electricidad, la maquinaria o la construcción. Esa increíble extensión del *barter*, motivada fundamentalmente por la iliquidez de las empresas, distorsionaba de múltiples maneras las relaciones mercantiles, haciendo prácticamente imposible que los recursos se asignasen con un mínimo de eficiencia. Por ello, su reducción, que ha ido acompañada del descenso de las deudas salariales e interempresariales, es una buena noticia más que añadir a las que se vienen comentando (5).

Por otro lado, el saldo positivo de la balanza por cuenta corriente ha permitido hacer frente sin excesivos problemas al pago del servicio de la deuda externa, evitando nuevos endeudamientos y

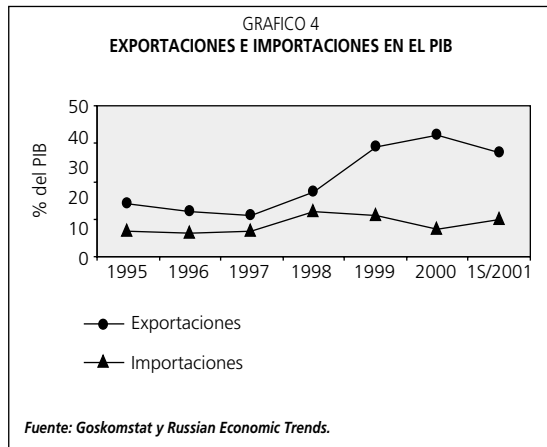
(4) Durante estos años, el Estado, especialmente a través de las Administraciones territoriales, permitió que las empresas industriales incumplieran sus obligaciones con bancos, proveedores y trabajadores. La ley de quiebras quedó sin efecto y el sistema de trueque se convirtió en un sistema alternativo de subsidios, gracias a la complicidad de las autoridades y de los monopolios naturales. Véase OCDE (2000).

(5) Sobre el problema del *barter*, véanse POSER (1998); GADDY y ICKES (1999); YAKOVLEV (2000).

(3) Sobre la política económica aplicada entre 1995 y 1998, véanse SAPIR (1999); PALAZUELOS y FERNANDEZ (2002).



COLABORACIONES



la elevación de los tipos de interés como forma de financiación. Si bien se ha de advertir que parte del mérito hay que atribuirlo al Gobierno ruso, que en 1999 tomó unilateralmente la decisión de retrasar el pago de la deuda ex soviética, al tiempo que intentaba renegociar las obligaciones contraídas a partir de 1991 (6). Ambos factores unidos han permitido relativizar un problema que en 1998 amenazaba con asfixiar a la economía, pues al elevado volumen de deuda acumulada se sumaba el efecto profundamente negativo de la devaluación. No en vano, en 1999 la deuda bruta acumulada representaba el 85 por 100 del PIB, cuando en 1997 su peso apenas superaba la cuarta parte del producto interior bruto.

Por último, el superávit y la moderación de los desajustes macroeconómicos han hecho innecesaria la solicitud de ayuda financiera al FMI, lo que ha permitido continuar con una estrategia moderadamente heterodoxa, basada en el control de la cuenta financiera, en la mayor generosidad —sin renunciar al rigor— de la política monetaria (7) y en el alargamiento de los efectos temporalmente beneficiosos de una moneda devaluada. Y lo cierto es que, aun con inconvenientes, esta nueva línea de actuación, inaugurada por el Primer Ministro

(6) A final de 2000, el Gobierno Federal había atendido el 100 por 100 de sus obligaciones por lo que se refiere a la deuda contraída a partir de 1991, pero sólo había desembolsado la quinta parte de la deuda ex soviética que aún tenía pendiente. De lo que resulta que manejando las cifras totales, el Gobierno sólo ha cumplido con el 40 por 100 de sus compromisos. PALAZUELOS y FERNANDEZ (2002).

(7) El crecimiento de la M2 en 1997 fue del 29 por 100, en ese año el IPC creció un 11 por 100 y el PNB un 0,8 por 100. En 2000, el aumento de la M2 fue del 62 por 100, la tasa de inflación fue del 20 por 100 y el PNB creció un 8,3 por 100.

Primakov a finales de 1998, y continuada después por todos sus sucesores, ha sido capaz de alcanzar una aceptable estabilidad monetaria, en un tiempo sorprendentemente breve, que ha sido compatible con un intenso crecimiento económico (8).

5. ¿Por qué son peligrosas las importaciones?

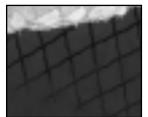
Ante este estado de cosas, existe un temor razonable a que las importaciones crezcan y el superávit por cuenta corriente desaparezca. Por un lado, la apreciación de la moneda, necesaria para animar la compra de productos extranjeros, podría perjudicar no sólo al sector exportador, sino también a la producción nacional dirigida hacia el mercado interno, lo que pondría en peligro el crecimiento actual. Por otro lado, se agravaría el problema de la deuda, sobre todo teniendo en cuenta las dificultades y, por tanto, el coste que tiene para la economía rusa atraer capitales del exterior (9).

La alternativa a la financiación pública no es sencilla, pues no será fácil que desaparezcan las reticencias de los bancos extranjeros a colocar dinero en Rusia, después de que muchos de ellos quedaran indirectamente atrapados en el crash de 1998. Sus prestatarios, especialmente bancos rusos sin liquidez, dedicaron ese dinero a comprar acciones y títulos de deuda con la esperanza de poder devolver los préstamos con las ganancias obtenidas en los mercados financieros. Esas ganancias no llegaron a materializarse y los bancos prestamistas perdieron buena parte del dinero prestado (10). Por todo ello, la carga financiera que habría que asumir para captar los préstamos de estos bancos podría convertir el recurso al préstamo privado en una losa para el futuro.

De otras formas de atraer recursos con los que

(8) Sobre el giro dado por la política económica tras la crisis de agosto de 1998, véanse GRAHAM (2000); SANCHEZ-ANDRES (2000); STONEMAN (2000); TIKHOMIROV(2000a).

(9) A todo ello se ha de añadir la falta de una reforma bancaria, que se reclama pero que no llega. El sistema financiero, frágil y desordenado, sufrió muy especialmente los efectos de la crisis de 1998. Desde entonces, la necesaria reestructuración del sector continúa sin abordarse y los bancos siguen sin desempeñar su función de intermediación entre el ahorro y la inversión, de tal manera que, a pesar de la bajada de tipos, los préstamos a las empresas apenas alcanzan la décima parte del PIB, siendo la inmensa mayoría de éstos a muy corto plazo.



COLABORACIONES

cubrir un hipotético déficit por cuenta corriente, que no generen cargas financieras para el futuro y que no emigren de manera masiva ante circunstancias coyunturales, tampoco puede esperarse demasiado. Por el momento el volumen de entradas de capital extranjero directo es tan reducido que ni siquiera es capaz de compensar las salidas: en 2000 la IED sumó un total de 2.704 millones de dólares, mientras que las salidas fueron superiores a los 3.000 millones. A lo que hay que añadir que las fugas de capital siguen siendo muy cuantiosas: aun a pesar de la mejoría económica, se estima que en 2000 éstas rondaron los 30.000 millones de dólares (11).

Y es que para una economía como la rusa captar la atención del capital productivo, tanto la de los que salieron —y siguen saliendo del país— como la de aquellos que quieran entrar por primera vez, no resulta fácil. Para hacerlo, es una condición inexcusable que mejore significativamente su actual clima inversor.

Según la opinión expresada en 2001 por los propios interesados, recogida por *Centre for Economic and Financial Research* (CEFIR) en su encuesta a las empresas nacionales y extranjeras instaladas en Rusia (12), la desprotección de los derechos de propiedad —especialmente la que afecta a los pequeños accionistas— y la ausencia de mecanismos que garanticen el buen gobierno de las empresas perjudican muy seriamente las inversiones. Un segundo motivo de queja de los empresarios son las deficiencias legales, que introducen un alto grado de inseguridad con respecto al cumplimiento de los compromisos contractuales, si bien el problema no es tanto de las leyes como de los jueces, cuyas decisiones están en demasiadas ocasiones condicionadas por presiones externas, lo que afecta muy negativamente a cuestiones tan importantes como la aplicación de la ley de quiebras. A diferencia de los

años anteriores, los impuestos han dejado de ser la principal preocupación de los empresarios, que valoran las mejoras introducidas por la reforma fiscal recientemente aprobada, aunque pervive el temor a cambios repentinos en su regulación, pero las trabas burocráticas —a pesar de que en este campo también ha habido algunas mejoras— continúan suponiendo un grave obstáculo para la realización de negocios.

6. ¿Debe restringirse el crecimiento de las importaciones?

Así las cosas, parecería necesario restringir el crecimiento de las importaciones para conseguir que el superávit se mantuviese el mayor tiempo posible; pero esta opción no está exenta de problemas.

En primer lugar, un amplio superávit comercial, basado en una moneda artificialmente depreciada, introduce una presión añadida sobre los precios, sobre todo si, como es el caso de Rusia, las autoridades monetarias apenas disponen de mecanismos eficaces de esterilización. Así, el crecimiento del IPC en 2001 se estima que sea del 22 por 100, que, aunque es muy similar al que se alcanzaba en los años más duros de la estabilización, está bastante alejado del 12 por 100 esperado al comienzo del año.

En segundo lugar, la competitividad ficticia que otorgan las devaluaciones, así como las protecciones indiscriminadas a que dan lugar, generan distorsiones graves en las relaciones de precios y, por tanto, en la asignación de los recursos, si éstas se mantienen artificialmente durante largo tiempo.

En tercer lugar, una política que pase por restringir sistemáticamente las importaciones puede hacer peligrar las posibilidades de desarrollo económico de un país en el que la reestructuración productiva continúa pendiente.

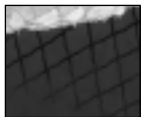
En la industria, buena parte del capital existente procede de la época soviética y sabemos que ya en los tiempos de la URSS las máquinas y equipos industriales acumulaban décadas de vida en activo y un llamativo atraso tecnológico (13).

(13) Sobre los problemas de la agricultura, véase RADVANY (2000).

(10) En 2000 la inversión extranjera directa *per capita* en Rusia fue de 22,6 dólares, mientras que en la República Checa fue de 495\$ y de más de 100 en Hungría, Polonia y Estonia

(11) Los datos de esta encuesta aparecen publicados en www.cefir.org

(12) En 2000, la edad media del *stock* de capital productivo era de 19 años. En los sectores de maquinaria, refino de petróleo y siderurgia rebasaba los veinte años. Sobre el atraso tecnológico y los problemas estructurales de la industria, véanse BERD (2001); RADVANY (2000); TIKHOMIROV (2000b).



COLABORACIONES

La situación aún es más crítica en la agricultura, puesto que a la parálisis de las inversiones durante la última década se une el atraso histórico que arrastra el sector. El atraso también es alarmante en lo referente a las redes de transporte y las comunicaciones cuyo estado de abandono puede imponer un serio cuello de botella a la reanimación productiva.

En definitiva, aunque el margen para alimentar el crecimiento a través de mejoras en la eficiencia es todavía grande, la consolidación de la recuperación actual pasa por la renovación en profundidad del vetusto stock de capital con el que cuenta la economía; sin embargo, la industria rusa no está en condiciones de ofrecer una gama de productos con la variedad y la calidad suficiente como para afrontar por sí sola esa tarea. Es así que la importación de bienes industriales se hace tan inevitable como necesaria.

Además de esos productos también se habrá de importar tecnología actualizada, puesto que al atraso tecnológico que ya arrastraba la industria soviética se ha de añadir el deterioro que ha sufrido durante estos últimos años la base científico-técnica heredada de la URSS. Con esas importaciones la industria nacional ganará competitividad y podrá ofrecer a su economía nuevos bienes con los que incrementar el paupérrimo rendimiento que presentan en la actualidad sus factores de producción.

Sin olvidar que la mejora de las condiciones de vida de la población también pasa por aumentar las compras al exterior de bienes de consumo, especialmente de alimentos y prendas de vestir. Después de las espectaculares caídas de la producción sufridas por estos sectores durante la última década, la devaluación ha demostrado que la protección del mercado interno puede servir de espoleta para la recuperación de algunas de estas empresas, pero una vez desaparecido este efecto las posibles barreras arancelarias que se impongan a la entrada de estos productos deberán ser más bajas y más selectivas, por el bien de la reestructuración industrial y por el bien de la población, en la medida en que la mejora de sus condiciones de vida pasa también por tener acceso a una mayor variedad y calidad de productos, que en ocasiones se venden además a mejor precio.

En suma, la situación del país hace necesario

aprovechar el buen momento por el que atraviesa el sector exportador para impulsar el crecimiento de las importaciones. La aparición de un hipotético déficit por cuenta corriente agravaría el problema del endeudamiento externo, pero, siempre que fuera moderado, ese incremento de las cargas financieras podría verse compensado por la contribución de las importaciones a la transformación productiva.

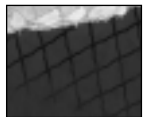
7. El riesgo de una caída de los ingresos por exportación

Además, no hay que olvidar que el saldo negativo en la balanza por cuenta corriente también se puede obtener como consecuencia de una reducción de los ingresos por exportaciones, provocada por el encarecimiento del rublo y por la caída del precio del petróleo.

Esta vía resultaría mucho más problemática, y es la que se presenta como más probable, debido a la apreciación del rublo, pero sobre todo a la evolución de los precios del petróleo, que ya iniciaron al comienzo de año su tendencia a la baja, acentuada tras los acontecimientos del 11 de septiembre. En noviembre, el precio del barril de crudo rebasó la barrera de los veinte dólares. Ante la falta de acuerdo entre los países de la OPEP y otros exportadores como México y Noruega, es previsible que siga disminuyendo si la demanda internacional no se recupera. La propia Rusia, en una demostración de fuerza, se negó recientemente a seguir las recomendaciones de la OPEP.

La apuesta rusa es sin duda arriesgada, pues es la primera que sufrirá el impacto de la caída de los precios. Baste con recordar que en 2000 el sector energético representó el 44 por 100 de los ingresos por exportaciones. Según cálculos de las propias autoridades rusas, un descenso de un dólar en el precio del barril puede suponer dos mil millones de ingresos menos para la economía, y mil millones menos para las arcas públicas.

Si se confirmase la estabilización a la baja de los precios del crudo, Rusia se situaría ante una disyuntiva poco apetecible: bien limita las importaciones a niveles raquíticos, o bien incurre en una posición deficitaria que sería muy costosa, debido al alto volumen de deuda acumulada, a las dificultades para atraer capitales privados y a la



COLABORACIONES

más que probable pérdida de la autonomía respecto de los organismos internacionales. Todo ello sin haber logrado consolidar el cambio de tendencia apuntado desde 1999.

8. Conclusiones

En suma, la devaluación de la moneda, coincidente con la subida de los precios del petróleo, ha sido de gran ayuda, pues ha servido para generar un elevado superávit comercial, gracias al cual se han podido resolver algunos de los problemas más acuciantes que atenazaban a la economía rusa.

Sin embargo, la progresiva apreciación del rublo no sólo es previsible sino también aconsejable, especialmente porque es cada vez más necesario estimular el crecimiento de las importaciones. La apreciación puede poner en riesgo la expansión productiva al desanimar la exportación, mientras que el aumento de las compras de productos extranjeros puede dificultar el pago de la deuda externa, pero la mejora del bienestar de la población, la reconversión de la industria, la modernización de las infraestructuras, la transformación de las condiciones de atraso en el campo exigen que las importaciones crezcan muy por encima del nivel actual.

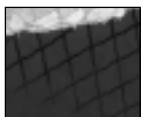
Por otro lado, existe un riesgo aún mayor y es el de que los ingresos por exportaciones caigan con el descenso del precio del petróleo; entonces habrá peligro de que aparezca un déficit por cuenta corriente, pero en un escenario mucho peor, pues ese déficit convivirá con bajos niveles de importación, habiéndose desaprovechado la posibilidad de utilizar una situación coyuntural extraordinariamente favorable para liberar a la economía de tener que cruzar los dedos cada vez que los precios del petróleo amenazan con disminuir.

En definitiva, la disyuntiva por la que atraviesa la economía puede resumirse por medio de tres dilemas, a saber: 1) si la recuperación actual depende del superávit, la reestructuración productiva y la continuidad del crecimiento dependen del déficit; 2) ese déficit resulta tan necesario como problemático, debido a que la economía rusa arrastra un fuerte endeudamiento y no resulta

fácil atraer a nuevos inversores, y 3) a la larga el superávit comercial está condenado a disminuir, una vez que se desvanezcan los factores coyunturales que lo han motivado; si para entonces las importaciones siguieran estancadas, la recuperación actual no habrá servido para impulsar una dinámica sostenida de crecimiento, basada en una reestructuración en profundidad que mejore el clima inversor en el interior y que reduzca la vulnerabilidad hacia el exterior.

Bibliografía

1. BERD (2001): *Russian Federation, Investment Profile*, Londres.
2. EIU (2001): *Country Report Profile, 2000*, Londres.
3. GADDY, C. y ICKES, B. (1999): «An accounting model of the virtual economy in Russia», *Post-Soviet Geography and Economics*, volumen 40, número 2.
4. GRAHAM, T. (2000): «Putin's Russia», *Bank of Finland, Bofit on line*, número 14.
5. OCDE (2000): *Fédération Russie, Etudes économiques*, Paris.
6. POSER, I. (1998): «Monetary disruptions and the emergence of barter in FSU Economies», *Communist Economies and Economic Transformation*, volumen 10, número 2.
7. RADVANY, J. (2000): *La nouvelle Russie*, Armand Colin, Paris.
8. RECEP (2001): *Russian Economic Trends (monthly update, 2001)*, Russian European Centre for Economic Policy, Moscú.
9. SANCHEZ ANDRES, A. (2000): «La política económica en Rusia», *Boletín económico de ICE*, número 2674.
10. SAPIR, J. (1999): «À l'épreuve des faits... Bilan théorique des politiques macroéconomiques mises en oeuvre en Russie», *Revue d'études comparatives Est-Ouest*, volumen 30, números 2-3.
11. TIKHOMIROV, V. (2000a): «Is Russian economic crisis really over?», *Bank of Finland, Bofit on line*, número 12.
12. YAKOVLEV, A. (2000): «Barter in the Russian Economy: classifications and implications (evidence from case study analyses)», *Post-Communism Economies*, volumen 12, número 3.
13. TIKHOMIROV, V. (2000b): «The second collapse of the soviet economy: myths and realities of the russian reform», *Europe-Asia Studies*, volumen 52, número 2.
14. STONEMAN, R. et al (2000): «Russia. A growing economy in the new millennium?», *Russian-European Centre for Economic Policy, Working Papers*, octubre.



COLABORACIONES